

Francisco J. Uriz, el traductor que surgió del frío

Entrevista de Juan Domínguez Lasierra

“Si Dios ha permitido que su palabra sea malinterpretada es que tiene en cuenta la dificultad de la traducción”.



Gabo, Paco Uriz y Artur Lundkvist. Fotografía cedida por Paco Uriz.

Paco Uriz —Francisco J. en sus papeles— es, haciendo una paráfrasis de la famosa novela de espías, el traductor que surgió del frío. Zaragozano de pro, licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza, descubrió su vocación traductora y la cimentó en Suecia, país del que hizo su residencia hasta su jubilación: en la actualidad reparte sus días a mitades iguales — medio año aquí, medio año allá—, entre Zaragoza y Estocolmo, porque allí, allá, sigue parte de su familia. Y no soporta el calor estival de aquí ni la oscuridad invernal de allí... Paco Uriz es el responsable de que en el mundo

hispano las literaturas nórdicas no sean unas desconocidas, lo que le ha merecido en dos ocasiones el Premio Nacional de Traducción. Fue el fundador de una de esas instituciones insólitas que solo se concretan cuando detrás hay una voluntad utópica y firme: la Casa del Traductor de Tarazona. Gracias a la Casa, cientos de traductores extranjeros han difundido la literatura española por medio mundo, descubriendo a nuestros mejores valores en ámbitos que desconocían su existencia. ¡Chapeau por Paco! De ese intercambio cultural se han visto favorecidos también muchos escri-

tores aragoneses, pues Paco nunca ha olvidado de dónde es, pese a su indiscutible talante cosmopolita y el hecho de haberse codeado con lo más granado de la literatura hispana. Tuvo relación con el recordado primer ministro sueco Olof Palme, al que sirvió de intérprete y del que tradujo sus discursos (publicados primero por *El Día de Aragón* y luego por Los Libros del Innombrable), pues trabajó en el ministerio de Asuntos Exteriores sueco, lo cual, quieras que no, lo vincula de alguna manera con las actividades a las que se dedicaban los personajes de John Le Carré. ¿Resultará que Paco

Uriz no solo fue el traductor que surgió del frío? Bueno, seamos discretos, que el tema lo impone, y no hagamos entrevista-ficción.

¿Cuándo, en qué circunstancias, por qué, un zaragozano como Paco Uriz decide irse a Suecia?

Por motivos que no hacen al caso, pero que están profundamente enraizados en la mentalidad de finales de los años 40, no pude estudiar Filosofía y Letras —era una carrera de chicas—, que era lo que me interesaba, y me licencié en Derecho, carrera que, como se decía entonces, tenía muchas salidas. En el páramo cultural de la Zaragoza de los años 50, fui buscando la literatura y aquí quiero citar dos nombres de importancia decisiva en mi camino hacia mi profesión actual: Federico Torralba, profesor de literatura en los Escolapios y después amigo, y Fernando Laguna, la amistad de juventud. Y en el año 56, utilizando tal vez una de las numerosas salidas de la carrera de Derecho, aparezo en Finlandia manifestando ya mi vocación nórdica.

No me fui *a*, me fui *de*. Me iba de un país en el que hacía falta salvoconducto para ir de Zaragoza al Pirineo y permiso de la policía para organizar guateques en casa y donde pasaban por censura hasta las esquelas. Yo ya había salido al extranjero, a principios de los 50. Me habían concedido una beca para un curso sobre la CECA (jno la Meca!) que se celebraba en Francia, probablemente por ser uno de los pocos estudiantes que tenía pasaporte, gracias a que el Ejército me había declarado inútil total —para el servicio militar, supuse—.

En Finlandia, encuentro a Jörn Donner, entonces un joven crítico cinematográfico del periódico del PC finlandés y hoy eurodiputado, director de cine y notable escritor, que me presta los primeros Neruda y Brecht, y con el que veo las primeras películas de Ingmar Bergman, y luego paso a Suecia donde mis mentores literarios son Sun Axelsson, notable poeta y novelista, y Artur Lundkvist, uno de los escritores suecos más importantes del siglo XX.

¿Y qué encuentra allí, qué le hace decidir pasar en aquel país gran parte de su vida, un país tan distinto al nuestro?

La aportación sueca para mí ha sido más política que cultural, lo que supuso en aquellos años de franquismo el estado de bienestar, la manera de hacer la política de solidaridad, tanto con nosotros como con el Tercer Mundo. Esto marca más que la literatura.

“Premio Nacional de Traducción en dos ocasiones, Uriz descubrió su vocación traduciendo al sueco a Neruda y Borges, y a Artur Lundkvist al español.”

¿No sé si su dedicación como traductor comienza en Suecia, o ya fue a Suecia en condición del tal?

Estando ya en Suecia, empiezo a traducir ayudando a Sun Axelsson con sus versiones al sueco de Neruda y Borges, y por mi cuenta y riesgo —¿amor o vocación literaria?—, el extenso poema de Artur Lundkvist *Agadir*, y a escribir mis primeros poemas. En 1962 preparo una amplia antología de poetas latinoamericanos —César Vallejo, J. L. Borges, Vicente Huidobro, entre otros— y al año siguiente otra de Pablo Neruda, ambas en colaboración con Artur Lundkvist. Los pintorescos y, al parecer, inevitables errores que cometo al hacer las versiones al sueco, me llevan a un convencimiento obvio: hay que traducir siempre del original al idioma materno. Conozco algunas excepciones, pero muy pocas.

¿Recordamos aquello de *traduttore traditore*?

Te hablaré de algunas de mis experiencias.

La traducción de la novela de Torgny Lindgren *Batséba* me familiarizó con diferentes traducciones de la Biblia y me permitió conocer las nuevas aproximaciones a la traducción del libro sagrado. Acostumbrado a

la traducción antigua me sorprendió lo siguiente: la españolización de los pueblos. A mí me choca ver la siguiente enumeración en Josué, 16: Asená, Zanoj, Fuentejardines, El Manzano, Dosfuentes, Yarmut, Adulán, El Seto, Cavada, Dospuertas... en lugar de Asena, Zanoe, Engannim, Tafuaj, Enaim, Jerimor, Adulam, Socó, Azeca, Sereim...

Como me chocó leer en la traducción inglesa de las memorias de Ingmar Bergman la expresión “to be sent to Coventry” para decir que castigaron a un niño. ¿Es natural leerlo así cuando se sabe que la peripecia se produce en Suecia, país bastante alejado de Coventry?

Y me ratifica en la no utilización de expresiones como “saltarse a la tiora” o “estar entre Pinto y Valdemoro” en traducciones de textos cuya acción se desarrolla en Suecia. Aunque la traducción del sentido sea correcta hay algo que choca. ¿Puede uno leer sin sorprenderse que la señorita Julia estaba en las Batuecas o entre Pinto y Valdemoro?

Esto nos lleva a preguntar algo completamente diferente, pero que tiene mucha relación con esto: ¿se puede traducir una expresión extranjera literalmente? Hay veces en que la traducción es tan clara y enriquecedora que no hay duda. Por ejemplo, la patata caliente. Pero habrá que hacerlo con mesura.

Las discusiones sobre los numerosos y, a veces, graves errores en la traducción de la Biblia y el hecho de que, pese a todo, la palabra divina haya podido transmitirse, confirma la tesis de que no hay mala traducción que destruya una obra maestra. Ocasión que aprovecho para pedir tolerancia con los traductores. Si Dios ha permitido que su palabra sea malinterpretada es que tiene en cuenta la dificultad de la traducción.

¿Qué condiciones hay que tener para ser un buen traductor?

A mi juicio, para llegar a ser un buen traductor literario, o simplemente traductor literario, hay que

tener, en primer lugar, amor o, por lo menos, afición a la literatura. Conocimiento no sólo del idioma sino también del país cuyo idioma se traduce. Traducir lo que pone. Y aprendí a confiar en que, como norma, el autor sabe lo que quiere decir cuando escribe —¡aunque a veces lo haya olvidado!—, y es tarea del traductor tratar de averiguarlo.

Traducir es elegir constantemente. Hace unos años preparamos en Veruela un curso de traducción para hijos de emigrantes españoles, bilingües o casi. ¿Es bilingüe el chico al que después de corregirle “introdujo la pierna” pregunta por qué hay que decir metió la pata? En uno de los ejercicios, un chaval muy espontáneo al que le pregunté sus dudas para poner una palabra sobre el papel, me soltó: ¡Qué difícil es elegir! Y yo le dije: Tú ya has aprendido todo lo que te puedo enseñar en este curso.

Voy a un congreso sobre Strindberg donde oigo un comentario a una reseña de un crítico francés sobre el estilo de Ibsen, hecha basándose en una traducción. Esa aventurada opinión —lo que reseñaba, en realidad, era el estilo del traductor no el del autor— nos previene de los riesgos de ese tipo de juicios. Da una buena nota al traductor, pero es peligroso para el crítico. Lo que me lleva a plantearme, ¿el estilo es el hombre o el estilo es el lenguaje?

¿Cuándo se da a conocer en España como traductor?

Aparece en mi vida sueca el traductor y poeta Ángel Crespo, al que conocía de Madrid. Nos reencontramos en Upsala, le gusta mi traducción de *Agadir* y la publica en Puerto Rico. Luego Pere Gimferrer hace lo mismo, pero en edición bilingüe, en Seix Barral.

Por primera vez, veo mi nombre impreso como traductor al español.

Y traduzco, ya por encargo, para la colección de Poesía Universal, de Plaza y Janés, que dirige el memorable Enrique Badosa, amplias antologías de Artur Lundkvist, Harry Martinson y Gunnar Ekelöf.

Y conozco a Esther Benítez en Estocolmo que nos “ingresa” —a Marina, que es mi santa esposa, y a mí— inmediatamente en APETI, la asociación de traductores. (Hoy estamos en ACET.T.)

Empezó traduciendo al sueco con Lundkvist y luego del sueco al castellano en solitario.

Solo, sí, pero los autores y otros traductores siempre te echan una mano... Al final uno, dando las vueltas que sea, siempre se entera de lo que pone en el texto que se traduce. Los problemas empujan al verterlo al castellano.

Qué envidia nos da el idioma tan rico que tienen los españoles —me decían cuando estaba traduciendo a Gunnar Ekelöf—.

Sí, pero el caso es que un idioma es un hombre usando un idioma, y el sueco del que hablábamos era el de Ekelöf y el español, el mío.

Strindberg es un nombre propio en su biografía como traductor...

Gracias a una ayuda a la creación literaria del Ministerio de Cultura, ya en la España posfranquista, me lanzo a la traducción de doce piezas de Strindberg.

Con Strindberg me encuentro con el problema de que la mayor parte de las traducciones que había en castellano no estaban hechas del original sino de otros idiomas más cercanos.

Cotejo traducciones y llego a la conclusión de que, como ya te he dicho, no hay traducción por mala que sea que destruya una obra maestra.

En la última representación del Centro Dramático Nacional de la obra de Strindberg *La señorita Julia*, se anunciaba que la versión era de Sanchís Sinisterra. Como creo que el citado dramaturgo no conoce el sueco, ¿no se podría dar una pista de la forma en que llega el original al espectador?, ¿Se ha utilizado como base una traducción al francés, al inglés, al italiano?, ¿la de quién?, ¿Se ha utilizado una traducción al español?, ¿la de quién?, ¿Ha trabajado con un nativo sueco?, ¿no merece una mención en el programa? Aunque hemos bebido

excelentes vinos sin denominación de origen, ponerlos en la botella es una cierta garantía.

Esto de las versiones, que es la visión o interpretación que nos da una persona de una obra, en el mismo o en otro idioma, crea, a veces, confusiones divertidas. Por ejemplo en el ISBN que circula en CD aparece la ficha de la obra *El sueño* de Strindberg con un sorprendente traductor al castellano: nada menos que ¡Ingmar Bergman!

La explicación tal vez sea que el original que se utilizó para esa traducción al español era la versión que Ingmar Bergman había preparado para su puesta en escena de la obra de Strindberg. Uno se puede preguntar: ¿por qué se traduce ésa y no el original del autor? ¿La fama de Bergman convertible en dinero? Y también, ¿por qué se hacen tantas traducciones de una obra de teatro?

Y en 1996, obtiene el Premio Nacional de Traducción

El Premio Nacional de traducción se concedió a una antología de la poesía de los cinco países nórdicos de más de mil páginas que, como decía el académico sueco Östen Sjöstrand, no tiene parangón en el mundo de la traducción de poesía nórdica.

La idea de la obra nació en Tarragona cuando estaba traduciendo al poeta danés Ivan Malinowski. Ya había publicado antologías de la poesía de Suecia y de Finlandia, me estaba metiendo a traducir a dos daneses, y acababa de leer con entusiasmo a cuatro o cinco poetas noruegos, así es que el ánimo que me dió Ivan no cayó en saco roto. La contribución de José A. Fernández Romero, traductor del islandés, fue decisiva.

Lo de menos en esta obra es la traducción. Si dividiere el tiempo utilizado para llevar a cabo el proyecto —sobre todo su financiación— y el tiempo dedicado a traducir creo que andaríamos al 50%. Y si me parase a considerar cuál es mi mayor hazaña en relación a la obra premiada, sería la de haber convencido al editor para publicar la obra.

¿Podemos considerar este premio como una medalla al mérito en el trabajo?

El camino a este premio está lleno de casualidades. Primero, la de la presentación. ¿Quién y cómo lo elige? Lo propone un traductor que lo ve, por casualidad, en el escaparate de una librería... Segunda, mi vacilación en los trámites. Ante la lógica solicitud del Ministerio de Cultura a la editorial de que les envíe el original esta me lo pide a mí. El original no existía como tal, había que reconstruirlo. Miré las cuatro cajas en las que están las primeras y segundas y terceras versiones de las traducciones y las fotocopias y faxes de los originales y se me cayó el mundo. Era un trabajo que había abandonado hacía más de un año y le dije a la editorial que no me sentía con fuerzas para rehacer el original. Sin el razonamiento de Marina, mi esposa y también traductora, que me convenció de que no tenía derecho a retirarme, y sin su colaboración en la reconstrucción del original, no hubiese habido premio. Esta relatividad de los premios nos enseña a ser más humildes.

¿Qué repercusión tiene esa traducción en el ámbito cultural español?

Imagínate, te puedo decir que cuando conceden el premio a *Poesía nórdica* no había salido ni una sola reseña en un periódico de difusión nacional. Excepto una elogiosa nota de Camilo J. Cela en *ABC*.

Y en 2012, obtienes nuevamente el Premio Nacional de Traducción...

Sí, en esta ocasión es por la totalidad de mi obra.

Uriz también ha traducido textos políticos...

A principios de los 80 pido trabajo como traductor en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Suecia —por primera vez en mi vida el título de licenciado en Derecho me sirve, al menos, para adjuntarlo a una solicitud de empleo— y me pongo a trabajar con textos políticos. No sé a quién le digo

ingenuamente —creo que fue a la responsable de mi reclutamiento— que pido el puesto porque estaba cansado de traducir textos en los que todo está escrito entre líneas. Pronto comprendí que había salido de Guatemala para meterme en Guatepeor.

Vivo en mis propias carnes el efecto de la confusión, tan corriente, entre traducción e interpretación. Fue durante un viaje con Olof Palme por América Latina en el que yo desempeñaba el papel de traductor portátil. Ocurrió que el dinámico jefe de protocolo de Nicaragua preguntó, con total imprecisión, cuando bajábamos del avión, ¿dónde está el traductor de Palme?, y el decirle que era yo me llevó inexorablemente al intrusismo profesional al convertirme en intérprete.

“ Para Uriz, traducir es elegir constantemente, bajo una máxima: hacerlo siempre del original al idioma materno. ”

Por primera vez me veo mezclado en una discusión política de alto nivel. Nuestra delegación era muy pequeña y en ella Palme, al que le gustaba preguntar la opinión a todo el mundo, había creado un ambiente de compañerismo. En el viaje estaba incluida Nicaragua donde se iba a pronunciar un discurso importante. Palme era el primer jefe de Gobierno occidental que visitaba el país y pretendía dar un espaldarazo a la revolución sandinista que había derribado al dictador Somoza con las armas y, al mismo tiempo, animarlos a celebrar elecciones. ¿Qué te parece el discurso?, me preguntaron, tal vez porque yo era “el rojo”. A mí me encantaba. Pero había una frase desgraciada, según mi criterio, en la que se enfrentaban legitimidad revolucionaria y legitimidad democrática. Era muy valiente aceptar la legitimidad revolucionaria, pero no me gustaba la contraposición de democrática y revolucionaria. Me vi mezclado en una discusión en la que curiosamente

me colocaron entre los que querían quitar la palabra revolucionaria. El viceministro de Exteriores, que no estaba por la labor de abandonar la legitimidad revolucionaria y que sabía que yo era de su misma opinión, me preguntó las razones. Y con ese recurso torticero de traductor dije algo así: “Es que no suena bien o no se puede decir en castellano...”. Él vio el cielo abierto: Pues vete a pensar en cómo se puede decir. A los pocos minutos les propuse legitimidad revolucionaria y legitimidad de las urnas, que recibió el asentimiento de Palme y de todos los demás.

Ese viaje demencial para un traductor —tuve que traducir doce discursos en tres semanas, al margen de mi incesante labor de intérprete— me llevó a hacer virtud de la necesidad y a decir más o menos en broma: “Se traduce mejor sin haber leído el original”. ¡Luego lo oí convertido en tesis de una elegante conferencia de un teórico à la mode en Arles! Sí, en los encuentros de traductores se oyen opiniones peregrinas.

La literatura nórdica, en general, es poco conocida en España. ¿Qué razones le llevan a difundir, con sus traducciones, este patrimonio literario tan lejano a la cultura española?

Pues eso, fundamentalmente que sea desconocida y que aporte valores que no están en otras literaturas, el intimismo, la reflexión, la importancia de la naturaleza, que hace de la naturaleza un cuerpo, místico o físico... Además, es una parte del patrimonio literario europeo.

¿Cómo toma la decisión de crear un Centro de Traductores en Tarazona?

En un congreso de traductores en Arles conocí a Elmar Tophoven, un entusiasta de la traducción. Tophoven andaba a vueltas con unas palabras pronunciadas en Alemania por nuestro rey Juan Carlos I, entonces príncipe, y con las que, según él, había convencido a varios políticos alemanes de la importancia de una institución desusada: la Casa del Traductor. Es decir, un hogar

para traductores que tendría importancia en la difusión de la literatura. Fue un descubrimiento. Allí nos convenció a Françoise “Paquita” Campo-Timal y a mí de su necesidad y nos explicó el camino que había seguido para conseguirlo. Tophoven vino a Tarazona, le entusiasmó el sitio y me puse, con diversas ayudas, a montar la Casa del Traductor.

¿Cuál ha sido la labor de dicho Centro y sus resultados más patentés?

El objetivo fundamental de la Casa es acoger traductores y proporcionarles un buen lugar y las mejores condiciones de trabajo posibles. Y evidentemente, la inestimable ayuda que nos prestamos los traductores, simplemente, escuchando los problemas de los colegas. A veces en la Casa se hacen traducciones de poesía al alimón, lo que se ha dado en llamar el modelo Royaumont. ¿Es un buen método? ¿O es hacer virtud de la necesidad? ¿Cuál es mi contribución a la Casa? Haber tenido la idea y haberla puesto en marcha —gracias a que he tenido siempre a mi lado a una esposa más que comprensiva—, haber mantenido la Casa viva durante casi diez años a pesar de las dificultades sobre todo económicas. Con todos los defectos que fácilmente se pueden detectar —que, obviamente, conozco mejor que nadie— la Casa del Traductor está ahí.

Uriz, poeta. ¿Lo ha sido siempre o la ha aprendido traduciendo a los grandes?

Bueno, lo de poeta me viene un poco ancho... Se aprende de todo, pero cuando yo llego a Suecia aparece una corriente literaria que podríamos llamar “neosimplicismo”, “la nueva sencillez”, una poesía que rompe con la anterior, complicada y de difícil comprensión, y que incorpora la vida cotidiana y la vida política. Creo que algo tengo de esa línea. Desde luego, los experimentos de poesía concreta y demás modernidades de los años sesenta me dejan indiferente. Yo escribía poemas desde hacía tiempo y la agresión norteamericana a Vietnam hace que exprese mi repulsa en un poemario que fue el primero que publiqué.

¿Ha sido traductor al sueco de sus propios poemas?

Otra de las normas del traductor es no traducir nunca una obra propia —me refiero a poesía—. Se habían publicado unos poemas míos en danés y polaco —en este libro fui presentado curiosamente como poeta colombiano— y un editor sueco decidió publicar mi poemario sobre Vietnam. Empecé a traducirme al sueco y al segundo poema me encontraba ya escribiendo unos poemas prácticamente nuevos —las palabras suecas provocan nuevas asociaciones que me llevan un poco por donde quieren—. El resultado puede ser incluso mejor que el original, pero ¿se puede llamar a eso traducción?

El primer libro de poesía que escribí se tradujo al sueco, pero no por mí. Empecé a traducirlo con Lundkvist, pero enseguida me di cuenta de que no me podía traducir. Cada referencia de cada palabra en cualquier idioma te lleva por caminos diferentes. Y si te dejas llevar por esas sugerencias acabas haciendo otro poema. Lo tradujeron Lundkvist y Marina, mi mujer.

¿También ha escrito teatro?

Ya había escrito tres o cuatro piezas cuando, a principios de los 70, la TV2 sueca acepta mi idea de dramatizar “Los documentos secretos de la ITT”, que acababa de publicar el gobierno de Salvador Allende, y, sobre esa base, escribo con Jorge Díaz *Mear contra el viento* que obtiene un Premio en un festival de televisión... ¡en Bulgaria!

Es usted un gran aficionado al fútbol. Seguro que es capaz de trazar alguna relación entre ambas disciplinas, entre traducción y fútbol...

En estos tiempos en que el fútbol se ha estado considerando de interés general tal vez no esté de más tratar de explicar esa relación con un símil futbolístico. La traducción, como el fútbol, es una práctica. Traductores y futbolistas se encuentran en sus prácticas respectivas. En torno a ellos aparecen y viven un montón de per-

sonas: entrenadores, críticos, teóricos, periodistas, etc. Pero los que sacan las castañas del fuego son los jugadores, en los partidos, y los traductores, en la traducción. Yo coloco la práctica en el centro. Ante el ordenador estás tan solo como los jugadores en el campo. A estos les llegan los gritos del entrenador y a ti las vagas reminiscencias de algún teórico. Poco ayudan. Lo que cuenta en la traducción impresa es tu trabajo y en la clasificación, los tres puntos. La diferencia estriba en que en fútbol cuando el equipo va mal se puede despedir al entrenador y en la traducción no podemos echarle las culpas al teórico.

Usted siempre ha dado la máxima importancia al lector...

Es cuestión de supervivencia... Como diría Julio Cortázar, “un libro es un hombre leyendo un libro, che”. En un mundo en el que parece que lo único que se va a leer en el futuro — ¡y eso las máquinas! — es el código de barras, el debate sobre el destino del libro y la lectura —que es nuestro campo laboral y nuestro pan de cada día— nos es vital. Estamos tiranizados por el mercado y en él, sea cultural o económico, rige la ley de la oferta y la demanda. Sólo podremos sobrevivir si hay demanda, es decir, lectores. ¿Dónde está el lector?

En la Casa del Traductor de Tarazona, los directores de las casas europeas discutimos con un alto funcionario del Consejo de Europa sobre qué hacer para la difusión de la poesía y yo les decía que, en estos momentos, las ayudas a la creación, traducción y edición, hacen que escribir, traducir y editar no sea difícil. Pero que la difusión de ideas y cultura sólo es posible si hay alguien que las reciba, un lector. Sin él, podremos construir inmensos almacenes de libros, pero nada más. Mientras no se empiece por la base, por la enseñanza de humanidades en las escuelas, toda labor es inútil. Hay que empezar por el lector, construirlo, educarlo, conservarlo, mimarlo. Y gritarle: ¡Leer es fiesta, hombre con libro!

Cronología

1932: Nace en Zaragoza.

1955: Se licencia en Derecho en la Universidad de Zaragoza. Nunca ha ejercido de abogado ni hecho oposiciones. — Viajes a Francia, Italia, Inglaterra y Finlandia.

En Finlandia conoce al crítico cinematográfico Jörn Donner, que le hace conocer a Neruda y Bertold Brecht.

1958: Viaja a Estocolmo. Conoce la filmografía de Bergman. Ayuda a una joven escritora, Sun Axelson, en su traducción de Neruda, que le presenta a Artur Lundkvist, un poeta muy importante en su vida de traductor, con el que colaborará en muchas obras haciendo traducciones conjuntas.

Década de 1960: Reside en Estocolmo, trabaja en el ámbito de la enseñanza: en la Dirección General de Enseñanza Media como asesor pedagógico de profesores suecos de español y dando clases de español en la Escuela Superior de Estudios Económicos.

— Traduce el poema *Agadir*, de Lundkvist, que conocen Ángel Crespo y Pere Gimferrer, que lo publican en Puerto Rico y España.

1969: Publica *Un grito es un grito es un...* (*Ett skri är ett skri är ett...*), Estocolmo, Raben&Sjögren.

1970: Empieza a colaborar con Plaza&Janés de la mano de Enrique Badosa. Posteriormente traduce para Alianza (*Strindberg*, *Ekelöf*), Ediciones de la Torre (*Antología de la poesía nórdica*), Alfaguara, Tusquets...

Traduce sobre todo a poetas, pero también a autores de teatro, Strindberg, Per Olov Enquist, Sara Lidman, Lars Norén.

Traduce al sueco a autores como Valle Inclán, García Lorca, Alfonso Sastre, Jorge Díaz... Con este último escribe una obra teatral para televisión, *Mear contra el viento*, rodada en Suecia.

Colabora con el dramaturgo Jorge Días en dos obras teatrales: *Las hormigas* y *Los alacranes*, estrenadas en los años 70.

1983: Publica *Las caras de Jano*, en ed. Bilingüe, Estocolmo.

— Entra a trabajar en el ministerio de Asuntos Exteriores sueco. Traduce textos políticos y jurídicos.

1985: El Gobierno sueco le concede la medalla *Illis quorum* por su labor de difusión de la literatura sueca en los países de habla hispana. Y la DPZ, la medalla de Santa Isabel.

1989: Funda en Tarazona *La Casa del Traductor*, de iniciativa privada y apoyos públicos, con el objetivo de difundir las literaturas de España en el mundo.

Inicia una serie de plaquettes “Papeles de Tarazona” en la que presenta a poetas desconocidos en España. Llega a más de veinte...

1992: Aparece la antología en búlgaro *Poesía de Aragón*, con Miguel Labordeta y Ana María Navales, trad. de Rada Panchoska.

1995: Edición de *Cuaderno de Bitácora*, París, Extramares.

1996: Recibe el premio Nacional de Traducción por su obra *Poesía nórdica*, antología de la poesía de los cinco países nórdicos (Ediciones de la Torre, 1995). Premio de la Academia Sueca por su labor de difusión de la cultural sueca.

1996-99: Publica en la Colección Los monstruos de la razón (Tarazona) tres plaquettes: *Cuaderno de cuadraturas e incorrecciones* (1996), *Mi palacio de Invierno* (1997) y *Cirineo es el olvido*, 1999.

2002: Edición de *Un rectángulo de hierba*, en la colección Los Libros del Innombrable, Zaragoza.

2005: Los Libros del Innombrable edita *Mi palacio de invierno*. Cuaderno de Cuadraturas.

2008: Recibe la Encomienda al Mérito Civil

2012: Obtiene su segundo premio Nacional de Traducción por toda su obra como traductor.

Publica Los Libros del Innombrable su *Poesía reunida*

2013: Incluido en la antología *Los cisnes aragoneses. De Marcial a los penúltimos poetas*, de Juan Domínguez Lasierra, Zaragoza, Delsan Ed.

Ha traducido al sueco obra de numerosos autores españoles: Huidobro, Borges, Vallejo, Neruda, Dámaso Alonso, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Gil de Biedma, García Lorca, Alberti, Cortázar...

Ha hecho traducciones al español de Lundkvist, Olof Palme, Bergman, Ekelöf, Harry Martinson, Strindberg, etc.